

DEL AMOR Y LA MUJER EN CIPRIANO DE LA HUERGA Y LUIS DE LEÓN*

EMILIA FERNÁNDEZ TEJERO

*Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Madrid*

Se me ha encomendado para esta monografía el análisis de la posible influencia de Cipriano de la Huerga en Luis de León. El hecho de que el primero fuera maestro del segundo, en Alcalá, entre 1556-1557, y que en los cartapacios de fray Luis se encontraran textos del cisterciense suponía un punto de partida válido para intentar rastrear la posibilidad de tal influencia¹.

Vaya por adelantado que, en mi opinión, la influencia del cisterciense sobre el agustino es mínima y no va más allá de los límites de la formación humanística de los exegetas más «modernos» de nuestro siglo XVI. Y es que, aunque la figura de Cipriano de la Huerga tenga un lugar propio en el movimiento renacentista de vuelta a las fuentes originales bíblicas, aunque comparta con figuras de la categoría de Luis de León o Arias Montano el interés por esos originales y la aplicación de métodos filológicos, sus comentarios bíblicos y la ideología que subyace son bastante distintos.

Voy a analizar algunas de las ideas de ambos humanistas sobre dos temas concretos, el amor y la mujer, tomando como textos básicos, por lo que a Cipriano de la Huerga se refiere, su *In Canticum Canticorum Salomonis expla-*

* Se encontrará una versión abreviada de la primera parte de este trabajo en E. FERNÁNDEZ TEJERO, «Cantico dei Cantici 1,2 secondo due esegeti spagnoli del sec. XVI», en F. VATTIONI (ed.), *Sangue e antropologia nel Medioevo*, vol. II, Roma 1993, págs. 1297-1308; y de la segunda en E. FERNÁNDEZ TEJERO, «Women as Reflected in the Biblical Commentaries of Cipriano de la Huerga», en M. BAR-ASHER (ed.), *Studies in Hebrew and Jewish Languages Presented to Shelomo Morag*, Jerusalem 1996, *181-190.

¹ En *Cipriano de la Huerga. Obras completas*, vol. I, León 1990, se encontrarán algunos datos cronológicos de la vida y obra de Cipriano de la Huerga, testimonios literarios, obras, fuentes y bibliografía. Sobre su relación con Luis de León, cf. especialmente los Testimonios nº 15 (págs. 74-75) y nº 18 (págs. 80-85) y los «Estudios y Monografías» (págs. 203-200).

hablar sino era con ciertas çebretanas muy largas de tal manera que el que quería negociar con el ponía una çebretana en el oydo de un priuado, y este con otra çebretana hablaba con el segundo, y el segundo con el que estaba mas çercano al Rey y el le dezía lo que con el se quería tratar⁵.

Así lo veían los más cercanos. Pero, para él,

«el mas çierto camino para dar de ojos en el horror y la ignorancia es seguir la huella del vulgo y querer seguir sus pisadas⁶,

y concluye:

«quiero rascarme a solas por no estar obligado a rascar a otro⁷.

Ambos despreciaron al vulgo, y para ambos «vulgo» fueron quienes no compartían su forma de pensar y actuar. La envidia, como trasfondo de la vida de nuestros dos personajes, y su respuesta, digamos «natural»: la soberbia.

* * *

Pasemos a los textos, empezando por el principio mismo del *Cantar*: 1,2. Éste es el texto de Cipriano de la Huerga:

*Ojalá me besara con besos de su boca
porque tus pechos son mejores que el vino,*

y éste el de Luis de León:

*Béseme de besos de su boca
porque buenos (son) tus amores más que el vino.*

Cipriano de la Huerga considera el versículo que nos ocupa como un subtítulo breve del epitalamio, que anticipa el contenido de la obra entera; el comentario que le sugiere constituye el fragmento más positivo -sólo aparentemente positivo- del autor sobre el amor humano, por él calificado de «vulgar».

Reconozco que su concepto de amor vulgar no me ha quedado claro, pese a haber leído detenidamente los más de trescientos folios de su exégesis del libro. Porque él mismo dice:

«Y, al llamar vulgar al amor, ha de saber todo el mundo que no me refiero al amor lascivo y deshonesto, sino al amor que se da entre esposo y esposa, entre marido y mujer⁸,

⁵ Manuscrito 2/48 de la Real Academia de la Historia de Madrid, pág. 11.

⁶ *Ib.*, pág. 12.

⁷ *Ib.*, pág. 14.

⁸ A. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *op. cit.*, vol. V, pág. 31.

pero no nos dejemos seducir por estas palabras, sin antes conocer las características de esa enfermedad que describirá más tarde, al comentar 2,5, *Sostenedme con flores, sujetadme con manzanas, porque desfallezco de amor*:

«Es así, en efecto, como suelen los amantes contraer diferentes enfermedades y dolencias, que los platónicos prometen curar. Producto del amor vulgar es cierto desasosiego mental, que suele durar hasta que esa infección de la sangre, que pasa a las vísceras por encantamiento, se extingue»¹⁴,

teoría que completa al comentar 4,9, *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa; heriste mi corazón con uno de tus ojos y con un pelo de tu cuello*:

«Y los filósofos más célebres han dicho que el amor es una especie de enfermedad que ataca principalmente al corazón. Éstos establecían dos tipos de locura: una afecta al cerebro, la otra al corazón. La cerebral tiene como causa y fuente principal la bilis negra. Sin embargo, cuando los humores que atacan al cerebro, produciendo la locura cerebral, quedan atrapados en el corazón, producen el desasosiego y las preocupaciones, pero no la locura. Sufren este desasosiego quienes aman desesperadamente. Y a esta clase de hechizo los platónicos lo llamaron amor. Y no quiero ahora entrar en disquisiciones sobre aquello de que el amor es una perturbación sanguínea y el corazón, a su vez, la sede de la sangre»¹⁵,

o 6,5, *Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hicieron buir*:

«Dicen los filósofos más ilustres... que no hay sentido ni parte del cuerpo que se pueda comparar con los ojos a la hora de captar el amor o de transmitirlo... Por lo cual, dicen, ha de vigilar en extremo sus ojos quien no quiera contraer nunca las enfermedades del amor y quien quiera escapar a esta terrible enfermedad y a esta plaga pestilente»¹⁶.

Las manifestaciones de este amor vulgar son llamativas:

«Es así como a veces el amor suele nublar los sentidos corporales y engañar las facultades sensitivas externas, hasta el punto de que los amantes toman muy a menudo lo falso por verdadero, con lo que en ocasiones se figuran estar hablando íntimamente con su amado, verlo, oírlo y tocarlo. Esto sucede especialmente cuando el amor es tan violento que la mente y el pensamiento se van y se diluyen, abandonando, por así decirlo, su propia morada. En el amor vulgar, a este éxtasis le sigue una especie de locura, temblores, desfallecimientos y suspiros frecuentes, como si el alma estuviera apartada de las funciones que le son propias»¹⁷,

¹⁴ *Ib.*, vol. V, pág. 255.

¹⁵ *Ib.*, vol. VI, pág. 53.

¹⁶ *Ib.*, vol. VI, pág. 233.

¹⁷ *Ib.*, vol. VI, págs. 127 y 129.

y, además, no pueden en< ubi u;e:

«Aunque el amante picie iuln disimulado, no podía; ya que el inslro pulido y macilento, los huriientes suspuos, las lagiimas fáciles, las convulsiones de todos los miembros del cuerpo, el gusto por la música y la afición a escribir poemas delatan la existencia del amor»18.

Por último, al comentar 8,1, *¡Quién te me diera como hermano que mama los pechos de mi madre, de modo que pueda encontrarte fuera y besarte y ya nadie me desprecie!*, nos explica las dos clases de besos que reclama la esposa:

«si se trata de un beso que manifiesta el amor y la benevolencia divina, se refiere a la encarnación del Verbo... Además, si tenemos en cuenta que el beso es un signo de sumisión, besar al Esposo significa quizás mostrarle el respeto y acatamiento debidos y confiarse plenamente a su protección»19.

Pero como «besos» es plural, y eso indica que:

«la Esposa no pide únicamente un beso, sino muchos... Porque un solo beso no bastaba para colmar un amor tan impotente y ardiente... la Esposa presenta un talante que difícilmente se va a cansar o saciar de los besos del Esposo. Su amor no tiene límite, y, cuantas más veces recibe los besos, su amor se enardece más y exige un número mayor»20.

inmediatamente viene la matización:

«el amor divino... es superior al amor carnal y lascivo por muchas razones, pero especialmente por ésta: el amor carnal multiplica los besos y abrazos hasta provocar la náusea y el hastío; en cambio, el amor divino no puede engendrar hastío, sino que siempre está fresco y día a día se torna más ávido y ardiente»21.

Y es que no estamos ante el natural anhelo de una mujer que echa de menos la presencia de su amado y sus caricias, sino de la esposa que

«Haciendo, pues, gala de una gran prudencia y sabiendo que existían diferentes clases de besos y que cada beso, según sus diferentes formas, simbolizaba cosas distintas22, no dejó lugar a la ambigüedad ante un abanico tan amplio de posibilidades; y por eso mencionó la boca al decir: *ojalá me besara con besos de su boca*»23.

18 *Ib.*, vol. VI, pág. 379.

19 *Ib.*, vol. V, pág. 353.

20 *Ib.*, vol. V, pág. 27.

21 *Ib.*, *ib.*

22 Antes (*ib.*, vol. V, págs. 27, 29) había explicado que, entre los hebreos, el beso en la frente era expresión de amistad, y en la mano indicativo de culto idolátrico.

23 *Ib.*, vol. V, pág. 29.

«con el agudo dolor de que siente agora en acordándose de ellos [de los favores del Esposo] y verse despojada de ellos, se desfalleció la Esposa»²⁷.

Y comentando 8,1, (*¿Quién te me dará, como hermano mío, que mamases los pechos de mi madre? Hallartebía fuera; besartebía, y también no me despreciarían*), donde Cipriano de la Huerga había hablado de la encarnación del Verbo y de sumisión y acatamiento, fray Luis explica:

«estando a sus solas y sin conversación de otras gentes, ella goza de los besos de su Esposo, y se huelga y alegra mucho con él; mas, cuando está delante de gente, tiene vergüenza, como la suelen tener las mujeres, y dice que le es gran pérdida aquélla, porque siempre querría estar colgada de los hombros de su Esposo, cogiendo sus dulces besos sin desasirse un punto»²⁸.

Frente a la náusea y el hastío que denunciaba Cipriano de la Huerga en el exceso de besos en el amor carnal, fray Luis alaba la actitud de la Esposa, porque:

«no hay que pedirle vergüenza a la Esposa en este caso... que el amor grande y verdadero rompe con todo»²⁹.

Acaba fray Luis el comentario a esta primera parte del versículo con un párrafo que tiene resonancias -quizá porque utilizaron la misma fuente clásica- del de Cipriano de la Huerga. Veamos cómo con palabras muy similares y partiendo de un mismo concepto, pueden expresarse opiniones algo distintas.

Dice Cipriano de la Huerga:

«Ya desde tiempos muy antiguos se preguntaban los hombres más sabios de las distintas ramas del saber qué buscaban los amantes al besarse tan reiteradamente, como si compitieran entre sí. Y responden con gran acierto: con los besos reiterados rivalizan entre ellos para que el espíritu de uno penetre lo más posible dentro del otro y se pierda dentro. Pero, como este intercambio anímico resulta imposible, hacen lo que pueden. Por eso parecen quedarse en el vestíbulo del alma, y, al besarse en la boca, intentan que sus almas se besen también, ya que no les está permitido hacer otra cosa... Así pues, al hablar del beso en la boca, estamos refiriéndonos a esa transformación e intercambio de las almas»³⁰.

Y fray Luis:

«Que es también todo el fundamento de aquellas quejas que siempre usan los aficionados, y los poetas las encarecen y suben hasta el cielo, cuando llaman

²⁷ *Ib.*, pág. 93.

²⁸ *Ib.*, pág. 184.

²⁹ *Ib.*, pág. 70.

³⁰ A. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *op. cit.*, vol. V, págs. 29 y 31.

/ T /# * " ! # #/ `O ++ /A
/ + / / ?# ! T
! T B T % T
T B B T T
TB B ! B T Y
! A T ? A t/

& Y # !] T W
/ V B'
G S Y T T ' - * ' 0
* # *
! T # 7 | H 5 #
\ [P/

T ? ? Y D W
' 5 9 8
S U # P;9
* ! 5 V5 V +:
S(#! T # 5
!H " I ! " / # 5 !H T
> " I !"
T > T \$ & 1 SK
) & 1 r W
\$ " E . / A Y' " I /// V r
T I T \$ & 1 \ 8) T U W
P;1/

U " '
S T Y ! * A
B P;C/

+ @/ a > / C/
0 / G "a7 Z a * / < > / ;+/
; 5/)(D57 2 /4 " 5 * " & [& +,98 > / 9-/
9 & # (3 ?/ 7 ;;:8 G ;91/
;1 5/)(D57 2 /4 " 5 * " & = 69 & +,;1 > / 8C/
KP - # # , ? ! ,) I B ? f .
I f ? ! T I U *
("7g) +8CC > / 91-/

Recuérdese que Cipriano de la Huerga prescinde de Miriam al enumerar a los favorecidos por este tipo de eutanasia; probablemente tampoco lo consideró conveniente.

Y llegamos a la segunda parte del versículo. Cipriano de la Huerga sigue, en principio, la Vulgata (*quia meliora sunt ubera tua vino*); admite otra interpretación ('amores', en lugar de 'pechos'), que desarrollará más tarde, basándose en la vocalización de la palabra hebrea.

Comentando la primera posibilidad, 'pechos', explica:

«la Sinagoga... cruzó el mar pisando suelo seco ante el asombro de las olas y fue exquisitamente alimentada en el desierto con magníficos manjares... Por esta razón, la Esposa, tras admirar tan enorme condescendencia del Esposo hacia ella, le ofrece los pechos, para resaltar la comprensión increíble del Esposo y su exquisita amabilidad»³⁷.

Es más, le ofrece

«no sólo los pechos... sino también los dolores del parto, el embarazo y todos aquellos tiernos servicios con los que las madres suelen abrumar a los hijos de sus entrañas y con los cuales les demuestran su amor»³⁸.

Como fray Luis no sigue el texto latino, sino el hebreo, no tiene posibilidad de tratar aquí la palabra 'pechos'. Hay que buscarla en otro pasaje, en su comentario a 4,5, *Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos, que están paciendo entre azucenas*-según su propia traducción- para saber qué opinaba al respecto:

«No se puede decir cosa más bella ni más a propósito, que comparar los pechos hermosos de la Esposa a dos cabritos mellizos, los cuales, además de la terneza que tienen por ser cabritos y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen donaire, con que roban y llevan tras sí los ojos de los que los miran, poniéndolos afición de llegarse a ellos y de tratarlos entre las manos»³⁹.

Cipriano de la Huerga explica en este pasaje que:

«La conformación de todo el pecho, especialmente de las mamas, suele resaltar la belleza y elegancia de la mujer... los pechos que simbolizan... la beneficencia y la piedad, virtudes imprescindibles en el cristiano»⁴⁰.

³⁷ A. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *op. cit.*, vol. V, págs. 37 y 39.

³⁸ *Ib.*, *ib.*, pág. 39.

³⁹ F. GARCÍA, *op. cit.*, pág. 124.

⁴⁰ A. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *op. cit.*, vol. VI, pág. 35.

Y, poi lo que n licie sil vino, aunque Cipiisiiio de la Huelga llene algunos pasajes laudatorios al respeeiti", también lo identillea según el, de a in a do con los hebreos- con

«cualquier placer, cualquier deleite, especialmente el placer que proporciona el amor vulgar»⁴²

y simboliza las cosas caducas y perecederas, porque

-embriaga fácilmente el espíritu del hombre y hace que la propia mente y la razón se vean desplazadas de su puesto»⁴³.

Para fray Luis,

«la comparación hecha del vino al amor es buena... por los muchos efectos en que el uno y el otro se conforman. Natural es al vino, como se dice en los Salmos y Proverbios, el alegrar el corazón, el desterrar de él todo cuidado penoso, y el henchirle de grandes y ricas esperanzas. Hace osados, seguros, lozanos, descuidados de mirar en muchos puntos y respetos, el vino a aquellos a quien manda; que todas ellas son también propiedades del amor»⁴⁴.



Veamos ahora qué opinaba Cipriano de la Huerga de las mujeres. Su misoginia es evidente y repite los tópicos habituales: la mujer es inferior al hombre, debe estarle sometida, es responsable del pecado original, provoca los males del mundo — cita, naturalmente, a Jezabel, Dalila, Atalía, Helena, Cleopatra⁴⁵, y, lo que es más curioso, incluye a Rut entre las mujeres célebres por sus pecados—⁴⁶.

Naturalmente es en sus *Comentarios al libro de Job* donde encuentra el marco más apropiado para explayarse. Desde el principio mismo advierte que:

«Tal vez llamé [el autor del libro] varón al santo Job, indicando su sexo, para advertir al lector cristiano ya desde el inicio de toda la obra, de la excelsa grandeza del alma del santo Job, que ha demostrado el santo varón en la tolerancia de su infortunio, pues este sexo es más fuerte para rechazar los ataques de la fortuna adversa»⁴⁷.

41 Cf., por ejemplo, vol. VI, págs. 323 y 325.

42 *Ib.*, vol. V, pág. 43.

43 *Ib.*, *ib.*

44 F. GARCÍA, *op. cit.*, pág. 71.

45 C. MIGUÉLEZ BAÑOS, *op. cit.*, vol. II, pág. 111.

46 A. DOMÍNGUEZ GARCÍA, *op. cit.*, vol. VI, pág. 247.

47 C. MIGUÉLEZ BAÑOS, *op. cit.*, vol. II, pág. 5.

Iclci'lí, <tic iimt ln>í «Ir^{miz}»h'xtof, untílenúitHLi; esun loiiiathis ik* aillo res clásicos, pno es t'vulente lamí Hcu que los utiliza pata siiluayai leonas pro pías, Así, cuando comenta 1,2, '///eo *siete hijos y tres hijas*:

«In consecuencia, lúe mucho mas numerosa la descendencia masculina. ¿No se anade acaso esto paia cúmulo tic la prosperidad de Job? tos hijos no solamente suelen ayudar a los padres en la administración de la casa, sino también sobrellevar los trabajos para aumentar la hacienda. Las hijas, en cambio, después de llegar a la adolescencia, deben también ser custodiadas con esmero y solicitud; y a no ser que se unan en matrimonio, o sean presto confiadas a los varones, ponen constantemente en grave peligro la honorabilidad y dignidad paternas. Pero si se las casa, disminuyen el patrimonio, y lo que se ha conseguido durante muchos años es consumido en un solo día. Menandro: *Haber engendrado hijos, dotados de sano juicio, es gran parte de felicidad; pero la hija es una penosa posesión para el padre, molesta e incómoda para el progenitor*. De igual modo, por cierto, dijo Hermafrodito: *Cualquiera puede educar a un hijo, aunque sea indigente, pero una hija resulta costoso criarla, incluso para el rico*»C?

El comentario de fray Luis al pasaje no es tan demoledor, pues se limita a consignar con cierta ironía:

«Y dice que tuvo *siete hijos y tres hijas*; que para hijos no son pocos siete, y para hijas son hartas tres»49.

A veces Cipriano de la Huerza parece mostrar una cierta comprensión hacia las debilidades femeninas, como en su comentario a las palabras de la mujer de Job en 2,9, *Bendice a Dios y muérete*:

«Me parece que tratan con demasiado rigor y crueldad a la esposa del santo varón quienes llevan el texto hasta un deseo sumo de represalia e intención de venganza. Pues los mortales hemos sido creados con tal disposición que somos llevados con gran propensión a la venganza del ultraje. Y aunque este deseo sea innato en el ánimo de todos, sin embargo se apodera mucho más de los ánimos femeninos»50.

Veamos, sin embargo, como se refuta de inmediato:

«Pues si en este sentido deben entenderse las palabras de la esposa de Job51, ¿cuál ha sido la causa, por la que le increpó tan rigurosa e implacablemente, diciendo: *has hablado como una de esas mujeres necias*? Pero esta argumentación se puede refutar de este modo: no reprende el santo varón a su espo-

/K *Ib.*, vol. II, pág. 15.

W t. GARCÍA, *op. cit.*, pág. 825.

51 C. MIGUÉLEZ BAÑOS, *op. cit.*, vol. II, pág. 115.

sl Sentido que había comentado antes: la mujer de Job pretende que su marido ruegue una muerte rápida para apartar de Dios cualquier sospecha.

% ;- 2 6-* -* 40 - & &* =* * -0=\$ G
2 <2 <X - =*4* - G * .* -* 4* 6-* ** -* * *
* 4-*2* 0-* , 6-* = * - , =* - * *40 ** F 40 2+ = ,
=* +- * 9>Y

V T Y H # B Y ? S > W
! ? P1f/ V rT I Y ? A
T * * > T B E'
S(# B T B # B # T W
! ? * T ! A
A T #! > T Y /// !
2 Y B 4 Y T >UW
B? ! # P

! 8
O B \$ U 3 T * * #
* ! T ! W
? #! ?> > Y
!T *B ! ? Y P09/

@ ! & Y W
Y H A '
Sd Y # B ? !
> ? > B
T ? > H T B P11/

d W
* Y H * U !
V B ?
* ? :++ , * * '
! ! # ;+C , # *
6 a 7 . * 7 . !
* # 7 ?
* / c Y'
S ! I I ! T
* ! ?I B * T #
3 ! T / ? A

10 / "5 c&Z 6M(* / 55 > / ++: ! ++/
PP 2 * / 55 > / ++/
2
11 @/ a > / 8;8/

En *La perfecta casada* describe un personaje femenino -modélico para el concepto de esposa y madre propio del siglo XVI- pero tal personaje tiene como contrapunto mujeres «cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas; otras ladradoras, otras mudables a todos colores, otras pesadas como hechas de tierra»⁶³, «de natural flaco y frío... poco saber y menudo ánimo... poco inclinadas a las cosas que son de valor»⁶⁴, capaces de envilecerse «en tanto grado, que una lagartija y una mariposilla que vuela tiene más valor que ellas, y la pluma que va por el aire, y el aire mismo, es de más cuerpo y substancia»⁶⁵, que de no ocuparse en lo que pertenece a su casa, deviene «ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa; pesquisidora de cuanto pasa, y aun de lo que no pasa, inventora, parlera y chismosa; de pleitos revolvedora, jugadora también y dada del todo a la risa y a la conversación»⁶⁶, porque a la buena y honesta «la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así le limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones»⁶⁷.

Curiosamente, su cambio de actitud frente a la mujer en ambos escritos tiene también su traducción en los personajes masculinos. Se nos marcha el amante del *Cantar*, «blanco y rojo... que entre mil hombres se diferencia», de cabeza «de oro acendrado, sin ninguna falta ni tacha», de rostro «tan hermoso y bien asentado y de tan gentil parecer y gracia, cuanto lo son y parecen unas eras de yerbas y plantas aromáticas», de labios «no sólo colorados, sino olorosos también», «dispuesto como un pino doncel»⁶⁸..., para ser substituido en *La perfecta casada* por un desdibujado trasfondo de varones innominados, un burdo Pepe el Romano colectivo y ausente, que no es tanto el hombre cuanto el homúnculo.

Suele decirse al hablar de la misoginia de autores de otras épocas que éstos se limitaban a reflejar en sus escritos las ideas de su tiempo. Pues veamos otros escritos y otras ideas anteriores a los autores que nos ocupan.

No olvidemos que la vida de Cipriano de la Huerga cubre prácticamente la primera mitad del siglo XVI; que es un hombre culto, conocedor de las lenguas bíblicas y poseedor de una buena biblioteca. Por eso resulta difícil comprender que no conociera -o, lo que sería peor, que pasara por alto- una corriente de pensamiento, ya firmemente asentada a principios del siglo XV, que defendía la igualdad entre el hombre y la mujer, los asemejaba en capacidad intelectual y fuerza moral y reclamaba para ella la situación jurídica adecuada.

⁶³ *Ib.*, págs. 245-246.

⁶⁴ *Ib.*, págs. 252-260.

⁶⁵ *Ib.*, págs. 278-279.

⁶⁶ *Ib.*, pág. 280.

⁶⁷ *Ib.*, pág. 320.

⁶⁸ *Ib.*, págs. 144-149.

lisis ideas habían «ido» expuestas por Cristina Pisan en su *Cité des Domes*, compuesta entre 1375-1377; por Rotríguez del Padrón en su *Triunfo de las donas*, hacia 1400; por Martin Le franc en su *Champion des Domes*, hacia 1440, por citar algunos ejemplos. Unos cien años después de que se compusiera la obra de Cristina Pisan, en 1509 -una de las fechas que se dan como probables para el nacimiento de Cipriano de la Huerga- Henri Comedle Agrippa compondrá su *De nobilitate et praecellencia foeminet' sexus*, siguiendo, en algunos puntos, el modelo de sus predecesores y, desde luego, imbuido de su filosofía. La obra se publica en 1529, cuando fray Luis contaba sólo dos años y Cipriano unos veinte.

En la dedicatoria a Margarita, princesa de Austria y Borgoña, Agrippa expone su «audaz» propósito de concentrar en un solo discurso «los innumerables méritos de las mujeres, sus virtudes, su absoluta superioridad», porque considera injusto y sacrilego que se niegue a un sexo tan noble las alabanzas que merece.

Éstas son algunas de las afirmaciones de Agrippa:

- «en razón de la esencia del alma, no hay entre hombre y mujer preeminencia alguna de nobleza del uno sobre el otro, tienen uno y otro la misma dignidad y libertad... Pero la mujer fue creada superior al hombre porque el nombre que recibió es superior al suyo. Porque Adán significa tierra, y Eva puede traducirse por vida»⁷⁰.
- «La mujer es superior al hombre por la materia de su creación; porque no fue creada de una materia inanimada o un limo vil, como el hombre, sino de una materia purificada»⁷¹.

Como la belleza no es sino el resplandor del rostro y la luz divinas y este resplandor habita más en la mujer que en el hombre, de ahí

«la extrema delicadeza del cuerpo femenino tanto a la vista como al tacto, su tierna carne, su tez clara y resplandeciente, su piel brillante, la belleza de su cabeza y de su cabellera seductora..., la majestad de su rostro, su aspecto grato; tiene ojos penetrantes y fulgentes... dientes... bonitos y bien alineados... aunque menos numerosos que los del hombre, porque la mujer no es glotona ni agresiva»,

y así sigue su descripción hasta llegar a los pies, para continuar luego con

«sus gestos graciosos, la proporción y simetría de todo su cuerpo... y no hay criatura que ofrezca un espectáculo tan admirable, una maravilla parecida para

⁶⁹ H. C. AGRIPPA, *De nobilitate et praecellencia foeminei sexus*. Edition critique d'après le texte d'Anvers 1529. Préface de R. ANTONIOLI. Etablissement du texte par Ch. BÉNÉ. Traduction de Mine O. SAUVAGE. Notes de R. ANTONIOLI, Ch. BÉNÉ, M. REULOS, O. SAUVAGE. Sous la direction de R. ANTONIOLI, Genève 1990.

⁷⁰ *Ib.*, pág. 96.

⁷¹ *Ib.*, pág. 99.

contemplar, hasta el punto de que sería preciso estar ciego para no ver que el mismo Dios ha reunido en la mujer toda la belleza que el mundo entero podía contener»⁷².

Agrippa incluso exculpa a la mujer del castigo por el pecado original:

«porque es al hombre a quien se le prohibió el fruto del árbol, y no a la mujer que no había sido creada aún. Dios quiso que ella fuera libre desde el principio, es, pues, el hombre, no la mujer, quien cometió el pecado al comer, el hombre, no la mujer, quien trajo la muerte... Así la antigua ley ordenó circuncidar a todos los machos, pero dejar a las mujeres sin circuncisión, decidiendo sin duda castigar el pecado original en el sexo que había pecado»⁷³.

En cuanto a la igualdad de oportunidades, a la posibilidad de realizar las mismas hazañas que los varones, Agrippa cita personajes femeninos que fueron sacerdotisas, profetisas, magas, filósofas, poetisas, sabias e inventoras como ejemplos de paridad responsable, que se convierte en clara superioridad femenina en la vida diaria, porque:

«No existe orador tan bueno y dotado que no tenga más persuasión que la última de las prostitutas. ¿Qué matemático puede engañar a una mujer si comete un error de cálculo al pagarle una deuda? ¿Qué músico la iguala en el canto y el encanto de la voz? Los filósofos, los matemáticos, los astrólogos ¿no son a menudo peores en sus predicciones y adivinaciones que las campesinas? ¿Y no es frecuente que una vieja cure mejor que un médico?»⁷⁴.

El contraste de pareceres es obvio. Frente al modernismo de Agrippa, Cipriano de la Huerga se nos muestra siempre clásico, académico y tradicional cuando escribe acerca del amor y la mujer.

Este hecho no desmerece el valor de su obra, pero, en cierto modo, la deshumaniza. En fray Luis se detecta, al menos, una cierta ambivalencia; porque mantuvo tesis tradicionales sobre la mujer casada, pero en su comentario castellano al *Cantar*⁷⁵ superó incluso al hombre del Renacimiento al hablar de la mujer, y se nos mostró como un hombre auténticamente moderno. Y, concretamente en lo que respecta a los comentarios de ambos autores al *Cantar*, me parece del todo válida la conclusión de V. García de la Concha:

«Cipriano de la Huerga... contempla dicha base alegórica como virtualmente transparente, un mero punto de apoyo para saltar a la trascendencia... Fray

⁷² *Ib.*, pág. 100.

⁷³ *Ib.*, pág. 106.

⁷⁴ *Ib.*, pág. 114.

⁷⁵ He de insistir en que tal es su comportamiento en el comentario castellano, que difiere bastante del que manifiesta en las *Explanaciones* latinas. Cf. E. FERNÁNDEZ TEJERO, «Fray Luis de León, hebraísta: el *Cantar de los Cantares*», *Sefarad* XLVIII (1988) 271-292, especialmente pág. 280.

Luis, en cambio... explora la égloga pastoril en todas sus dimensiones, afanado en captar todos los matices emocionales y sensoriales propios del amor humano cifrados en la literalidad hebrea»⁷⁶.

Es innegable que existen puntos de contacto entre Cipriano de la Huerga y Luis de León: los temas, el recurso a las fuentes antiguas bíblicas y clásicas, la progresión ideológica en la exposición, que suele iniciarse con el comentario filológico para terminar en el alegórico, incluso el vocabulario. Pero no son sino métodos propios del Renacimiento, heredados de la antigüedad clásica⁷⁷ y, en el caso al menos de fray Luis, claramente influidos por comentaristas judíos⁷⁸.

Demos, pues, a cada uno de nuestros autores el lugar y valor que merecen y olvidemos el juicio que haya podido hacerse en alguna ocasión a partir de meras coincidencias poco analizadas sobre la influencia de Cipriano de la Huerga en Luis de León.

Espero haber demostrado en este trabajo las diferencias radicales de ambos humanistas.

⁷⁶ V. GARCÍA DE LA CONCHA, «Fray Luis de León», 191.

⁷⁷ Cf. G. MOROCHO GAYO, «Comentario del texto de Alfonso García Matamoros», en *Cipriano de la Huerga. Obras completas*, vol. I, 26-35.

⁷⁸ Cf. E. FERNÁNDEZ TEJERO, «Fray Luis de León, hebraísta», en especial págs. 280-291.